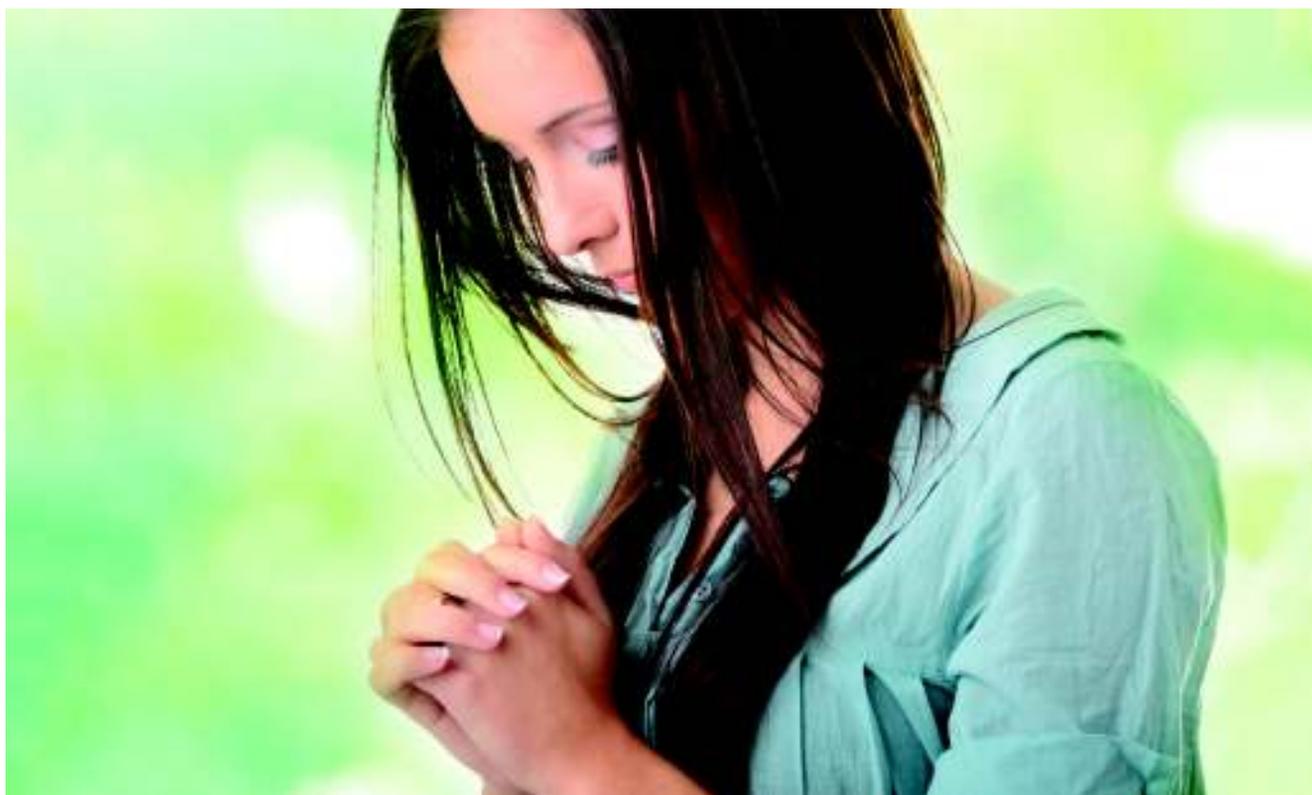


DÍA 3

EL ARREPENTIMIENTO SINCERO



Justo antes de su ascensión, Jesús dio instrucciones específicas a sus discípulos de que “esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí” (Hech. 1:4). ¿Qué quiso decir? ¿Simplemente estuvieron sentados ociosamente en el aposento alto sin hacer nada o tuvieron que cumplir un papel definido para preparar su corazón a fin de recibir el don celestial? ¿Hubo algunas cosas que debieron hacer? Si es así, ¿cuáles fueron? Y lo que es más importante, ¿qué podemos aprender de la experiencia del

aposeno alto acerca del derramamiento del Espíritu Santo?

Al comentar sobre estos diez días de espera, por inspiración divina Elena de White nos da esta valiosa perspectiva: “Después de la ascensión de Cristo, los discípulos se reunieron en un lugar para suplicar humildemente a Dios. Y después de escudriñar el corazón y de realizar un examen personal durante diez días, quedó preparado el camino para que el Espíritu Santo entrara en los templos del alma limpios y consagrados” (*El*

evangelismo, p. 506). En un poderoso capítulo de *Los hechos de los apóstoles* titulado “Pentecostés”, ella agrega: “Mientras los discípulos esperaban el cumplimiento de la promesa, humillaron sus corazones con verdadero arrepentimiento, y confesaron su incredulidad” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 29).

¿De qué se tenían que arrepentir? Supongo que de muchas cosas. Santiago y Juan probablemente se arrepintieron de su impaciencia y orgullo. Pedro posiblemente se arrepintió de su falta de fe, y To-

El Salvador murió por el engrimiento de ellos, por su deseo de preeminencia, por su orgullo y su dureza de corazón.

más de sus dudas. Cada uno de los discípulos se postró ante Dios y desnudó su alma. Reconocieron que fue por sus pecados que Jesús fue clavado a ese madero cruel. El Salvador murió por el engrimiento de ellos, por su deseo de preeminencia, por su orgullo y su dureza de corazón. El Espíritu Santo condujo a estos discípulos que oraban a una profunda convicción de su pecaminosidad. En el arrepentimiento genuino, no hay excusa para el pecado, porque es “su benignidad” la que nos guía a cada uno al arrepentimiento (Rom. 2:4).

Es imposible arrepentirnos sinceramente de nuestros pecados a menos que Jesús nos dé el don del arrepentimiento. En Hechos 5, los apóstoles proclaman al Jesús que “Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a

Así como no podemos ser perdonados sin Cristo, tampoco podemos arrepentirnos sin el Espíritu de Cristo, que es quien despierta la conciencia.

Israel arrepentimiento y perdón de pecados” (Hech. 5:31). “Así como no podemos ser perdonados sin Cristo, tampoco podemos arrepentirnos sin el Espíritu de Cristo, que es quien despierta la conciencia. Cristo es la fuente de todo impulso correcto. Él es el único que puede implantar enemistad contra el pecado en el corazón. Todo deseo por verdad y pureza, toda convicción de nuestra propia pecaminosidad, es una evidencia de que su Espíritu está obrando en nuestro corazón” (*El camino a Cristo*, p. 25).

DEFINAMOS EL ARREPENTIMIENTO

El arrepentimiento es una actitud de profunda tristeza por el pecado. No queremos ofender con nuestros actos, actitudes y elecciones pecaminosas a Aquel que nos ama tanto. Cuando reconocemos su enorme amor por nosotros, nos apartamos y aborrecemos todo lo que le entristece de alguna manera. El arrepentimiento supone aun más que apartarse del pecado. Implica un cambio de corazón. Las cosas que una vez disfrutábamos, ahora las detestamos. Con David podemos clamar: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí” (Sal. 51:10). El anhelo del corazón verdaderamente arrepentido es un deseo de complacer a Jesús en todos los aspectos de la vida.

En todo el libro de Hechos, el arrepentimiento y la recepción del Espíritu Santo están estrechamente relacionados. En la conclusión de su

sermón de Pentecostés, Pedro amonestó a sus oyentes: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don

El arrepentimiento supone aun más que apartarse del pecado. Implica un cambio de corazón.

del Espíritu Santo” (Hech. 2:38). En Hechos 3:19, nos suplica a nosotros al igual que a su audiencia inmediata: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio” (Hech. 3:19). En *Primeros escritos*, página 86, Elena de White define este refrigerio de la presencia del Señor como la lluvia tardía. Al arrepentirnos, o sentir una profunda pena por el pecado, Dios prepara nuestro corazón para la recepción del Espíritu Santo.

UN RESUMEN DE LO QUE APRENDIMOS ACERCA DEL ARREPENTIMIENTO

1. El arrepentimiento es una profunda tristeza de corazón por el pecado que hace que ansieemos complacer a Jesús en cada aspecto de nuestra vida.
2. El arrepentimiento es un don de Dios. Sin la obra del Espíritu Santo en nuestra vida para guiarnos al arrepentimiento,

es imposible experimentar un arrepentimiento genuino.

3. El arrepentimiento no solo implica un cambio de nuestros actos, sino también un profundo cambio de nuestras actitudes.
4. El arrepentimiento prepara nuestro corazón para la presencia del Espíritu Santo.
5. El arrepentimiento es necesario para recibir la lluvia tardía y para ser un testigo poderoso de Jesús en la última generación.

¿Acaso el Espíritu Santo lo está convenciendo de que no están en armonía con la voluntad de Dios? ¿Tiene ciertas actitudes que no son semejantes a Jesús? ¿Existen hábitos a los que se aferra a sabiendas que necesitan ser entregados? ¿Hacia dónde está guiando su vida nuestro Señor? ¿Qué pasos le está indicando que dé? ¿Está usted dispuesto a humillarse ante Dios con arrepentimiento sincero y pedirle que lo perdone por sus actitudes pecaminosas?

En el último libro de la Biblia,

Al arrepentirnos, o sentir una profunda pena por el pecado, Dios prepara nuestro corazón para la recepción del Espíritu Santo.

se dice que Laodicea, la iglesia de la hora del juicio, está llena de orgullo espiritual. Dice ser rica, llena de bienes y sin necesidad de nada. Dios deja en evidencia su fingi-

miento e hipocresía declarando que es tibia y displicente y le aconseja: “Sé, pues, celoso, y arrepiéntete” (Apoc. 3:19).

¿Escucha usted que el Espíritu Santo está hablando a su corazón? ¿Por qué no cae de rodillas y se arrepiente? Dígame a Dios que no es todo lo que quiere ser. Pídale que le revele lugares ocultos que acechan en lo profundo de su interior que no están en armonía con su voluntad. Entréguele las cosas que él le señale. Al responder a los llamados del Espíritu y caer de rodillas con pesar por su pecado, Dios llenará su corazón con la plenitud del Espíritu.

SECCIÓN 2

Reflexionemos en el consejo divino

Lea atentamente la porción que sigue de *Los hechos de los apóstoles*, páginas 29-31:

Cuando los discípulos volvieron del Monte de los Olivos a Jerusalén, la gente los miraba, esperando ver en sus rostros expresiones de tristeza, confusión y chasco; pero vieron alegría y triunfo. Los discípulos no lloraban ahora esperanzas frustradas. Habían visto al Salvador resucitado, y las palabras de su promesa de despedida repercutían constantemente en sus oídos.

En obediencia a la orden de Cristo, aguardaron en Jerusalén la promesa del Padre, el derramamiento del Espíritu. No aguardaron ociosos. El relato dice que estaban “de continuo en el templo, alabando y bendiciendo a Dios”. También se

Cuando meditaban en su vida pura y santa, sentían que no habría trabajo demasiado duro, ni sacrificio demasiado grande, si tan solo pudiesen ellos atestiguar con su vida la belleza del carácter de Cristo.

reunieron para presentar sus pedidos al Padre en el nombre de Jesús. Sabían que tenían un Representante en el cielo, un Abogado ante el trono de Dios. Con solemne temor reverente se postraron en oración, repitiendo las palabras impregnadas de seguridad: “Todo cuanto pidieren al Padre en mi nombre, les dará. Hasta ahora nada han pedido en mi nombre: pidan y recibirán, para que vuestro gozo sea cumplido” (Juan 16:23, 24). Extendían más y más la mano de la fe, con el poderoso argumento: “Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, quien además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Rom. 8:34).

Mientras los discípulos esperaban el cumplimiento de la pro-

Resolvieron que, hasta donde fuese posible, expiarían su incredulidad confesándolo valientemente delante del mundo.

mesa, humillaron sus corazones con verdadero arrepentimiento, y confesaron su incredulidad. Al recordar las palabras que Cristo les había hablado antes de su muerte, entendieron más plenamente su significado. Fueron traídas de nuevo a su memoria verdades que habían olvidado, y las repetían unos a otros. Se reprocharon a sí mismos el haber comprendido tan mal al Salvador. Como en procesión, pasó delante de ellos una

No pedían una bendición simplemente para sí. Estaban abrumados por la preocupación de salvar almas.

escena tras otra de su maravillosa vida. Cuando meditaban en su vida pura y santa, sentían que no habría trabajado demasiado duro, ni sacrificio demasiado grande, si tan solo pudiesen ellos atestiguar con su vida la belleza del carácter de Cristo. ¡Oh, si tan solo pudieran vivir de nuevo los tres años pasados, pensaban ellos, de cuán diferente modo procederían! Si solo pudieran ver al Señor de nuevo, cuán fervorosamente tratarían de mostrar la profundidad de su amor y la sinceridad de la tristeza que sentían por haberle apenado con palabras o actos de incredulidad. Pero se consolaron con el pensamiento de que estaban perdonados. Y resolvieron que, hasta

donde fuese posible, expiarían su incredulidad confesándolo valientemente delante del mundo.

Los discípulos oraron con intenso fervor pidiendo capacidad para encontrarse con los hombres, y en su trato diario hablar palabras que pudieran guiar a los pecadores a Cristo. Poniendo aparte toda diferencia, todo deseo de supremacía, se unieron en estrecho compañerismo cristiano. Se acercaron más y más a Dios, y al hacer esto comprendieron cuán grande privilegio habían tenido al poder asociarse tan estrechamente con Cristo. La tristeza llenó sus corazones al pensar en cuántas veces le habían apenado por su tardo entendimiento y su incomprensión de las lecciones que, para el bien de ellos, estaba procurando enseñarles.

Estos días de preparación fueron días de profundo escudriñamiento del corazón. Los discípulos sentían su necesidad espiritual, y clamaban al Señor por la santa unción que los había de hacer idóneos para la obra de salvar almas. No pedían una bendición simplemente para sí. Estaban abrumados por la preocupación de salvar almas. Comprendían que el evangelio había de proclamarse al mundo, y demandaban el poder que Cristo había prometido.

Durante la era patriarcal, la influencia del Espíritu Santo se había revelado a menudo en forma señalada, pero nunca en su plenitud. Ahora, en obediencia a la palabra del Salvador, los discípulos ofrecieron sus súplicas por este don, y en el cielo Cristo añadió su intercesión.

Reclamó el don del Espíritu, para poder derramarlo sobre su pueblo.

“Y como se cumplieron los días de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos; y de repente vino un estruendo del cielo como de un viento recio que corría, el cual hinchó toda la casa donde estaban sentados”.

Sobre los discípulos que esperaban y oraban vino el Espíritu con una plenitud que alcanzó a todo corazón. El Ser Infinito se reveló con poder a su iglesia. Era como si durante siglos esta influencia hubiera estado restringida, y ahora el Cielo se regocijara en poder derramar sobre la iglesia las riquezas de la gracia del Espíritu. Y bajo la influencia del Espíritu, las palabras de arrepentimiento y confesión se mezclaban con cantos de alabanza por el perdón de los pecados. Se oían palabras de agradecimiento y de profecía. Todo el Cielo se inclinó para contemplar y adorar la sabiduría del incomparable e incomprensible amor. Extasiados de asombro, los apóstoles exclamaron: “En esto consiste el amor”. Se

Todo el Cielo se inclinó para contemplar y adorar la sabiduría del incomparable e incomprensible amor.

asieron del don impartido. ¿Y qué siguió? La espada del Espíritu, recién afilada con el poder y bañada en los rayos del cielo, se abrió paso a través de la incredulidad. Miles se convirtieron en un día. 🔥